

Diez años duró la intimidad de la señorita de Lespinasse y de Alembert, sin que éste fuese del todo despreciado, pues su carácter soñador le impedía ver que Julia no le amaba absolutamente, y que hasta el afecto fraternal, que le dedicaba, se enfriaba cada día un poco más.

Julia contaba ya treinta y tres años; poco tiempo antes hubiera podido asegurarse que, á aquella edad, no había ya en ella ni sombra de belleza, y sin embargo, su amante vió de repente, que sus ojos adquirían un brillo y una dulzura inusitadas, que la palidez de sus mejillas se animaba con un rosado color, que cierta cosa, dulce y tierna, palpitaba en todas sus facciones.

—Llegó la hora de mi desgracia, se dijo el hombre ilustre, cuyo nombre era tan glorioso; Julia ama, y el amor ha fecundizado su corazón como la gota de rocío fecundiza el seno de la rosa que le dá entrada en él.

Diez años duró la intimidad de la señorita de Lespinasse y de Alembert, sin que éste fuese del todo despreciado, pues su carácter soñador le impedía ver que Julia no le amaba absolutamente, y que hasta el afecto fraternal, que le dedicaba, se enfriaba cada día un poco más.

Julia contaba ya treinta y tres años; poco tiempo antes hubiera podido asegurarse que, á aquella edad, no había ya en ella ni sombra de belleza, y sin embargo, su amante vió de repente, que sus ojos adquirían un brillo y una dulzura inusitadas, que la palidez de sus mejillas se animaba con un rosado color, que cierta cosa, dulce y tierna, palpitaba en todas sus facciones.

—Llegó la hora de mi desgracia, se dijo el hombre ilustre, cuyo nombre era tan glorioso; Julia ama, y el amor ha fecundizado su corazón como la gota de rocío fecundiza el seno de la rosa que le dá entrada en él.

Y con una calma triste y paciente, el filósofo esperó la confidencia de su amiga.

Esta no tardó en llegar.

Julia era soberbia, desconsiderada y dura; pero, por lo mismo, no sabia fingir ni queria disimular.

Una mañana fué al cuarto de Alembert; se sentó á su lado, y tomándole la mano, le dijo:

—Oidme con paciencia, amigo mio; yo amo, y no es á vos: perdonadme.

Alembert esperaba esta confesion; pero amaba de tal modo á Julia, que al oirla de su boca, palideció, como si le hubieran dado una puñalada en el corazon.

No obstante, hizo un exfuerzo violento, y respondió:

—Lo sabia.

—¿Quién os lo habia dicho?

—Yo que lo he adivinado, al veros tan animada y feliz.

—En efecto, mi corazon siente; vivo y no vejeto; amo al marqués de Mora, ese jóven español que vos conoceis, y que hace poco tiempo nos ha sido presentado en casa; ahora decidid vos si debo permanecer aquí, á condicion de que vivamos como hermanos, ó si debo marcharme.

—¿Estais segura de que el marqués de Mora merece vuestro amor? preguntó Alembert, que parecia sumergido en tristes cavilaciones.

—No sólo no estoy segura, sino que lo ignoro, respondió Julia; el corazon me habla por la primera vez... harto tarde es... dejadme que lo ceda sin meditar.

—¿Pero y si ese hombre fuese un malvado?

—Le amo, y desgraciadamente no dependo de nadie.

—¿Y si os ocasionase disgustos?

—Los sufriré; vale más vivir sufriendo, que vejetar sin sentir pena ni dolor.

Alembert alzó los ojos al cielo, con muda é inmensa amargura.

—¡Ah! exclamó; ¿por qué no me habeis amado á mí?

—Acaso porque vos me habeis amado en demasia. Yo tambien me hago la misma pregunta y me dirijo la misma acusacion.

—¿Estais segura de amar al Marqués?

—Segurísima; pero responded á mi pregunta; ¿debo irme, ó quedarme para ser vuestra hermana?

Alembert reflexionó durante un instante; y despues, alzando la cabeza y mirando á la ingrata Julia con unos ojos en los que rebotaba la más generosa ternura, le dijo alargándole la mano:

—¡Quedaos, y quiera Dios que ese hombre, ú otro que valga ménos, no me vengue de vos!

—Sois, en efecto, muy generoso, murmuró Julia besando aquella mano, en la que cayó una lágrima;

perdonadme, amigo mio, y culpád sólo á la fatalidad si no os he amado como vos mereceis, y como yo hubiera deseado; yo soy más digna que vos de compasion!

Desde aquel dia, el marqués de Mora fué á visitar á la señorita de Lespinasse diariamente, y ésta sintió crecer su pasion por la misma ilógica y fatal razon *de no tener razon de ser*.

El Marqués era un bello jóven de veinticuatro años, delicado, y víctima ya de una afeccion de pecho, consecuencia natural de su desarreglada vida en París; sin embargo, á pesar de su irreflexion natural, se apasionó de Julia de una manera vehemente y casi loca, y desde el instante en que pudo tratarla, puede decirse que sólo vivió ya para aquel amor.

Corrigióse de todos sus malos hábitos pasados, y empezó su educaciou sentimental é intelectual con el trato de aquella mujer superior y tan distinta de cuantas habia conocido.

Cuando se han probado los placeres del espíritu, es muy difícil contentarse con los de la materia; el Marqués no se separaba del lado de Julia, y ésta á su vez se enamoró de él con esa profunda y verdadera pasion, que por ser la primera es la más fuerte y la más imborrable de todas.

Poco tiempo despues de la amarga declaracion que hizo Julia al filósofo diciéndole que amaba al marqués de Mora, escribia aquel á un amigo suyo

las siguientes tristes palabras, al final de una tristísima carta:

«La geometría es mi mujer, y mi única distraccion en esta triste casa.»

Muy pobre idea da, en verdad, de la señorita de Lespinasse la falta de delicadeza con que siguió ocupando la casa de Alembert amando á otro hombre; la dignidad y todos los sentimientos del decoro se oponian á ello, y hubiera sido más noble para Julia ganar su pan con su trabajo ó ceñirse á las dos pensiones que disfrutaba, que aceptar la hospitalidad del hombre que la habia amado, y aún la amaba; pero pudiera creerse que cada época trae consigo sus sentimientos particulares, y que cuando una nacion vé pervertidas en lo general sus costumbres, todos los afectos de sus individuos se envilecen y toman el colorido de la despreocupacion general.

Luis XV y Mad. de Pompadour extendian sobre la Francia entera el velo de sus impurezas; aquel régio mártir de la disipacion, se convertia en miserable esclavo de sus pasiones, y abdicaba cuanto de noble, grave y generoso se abrigaba en su alma.

Julia, además, se hallaba profundamente herida en su amor propio por el filósofo; jamás le habia hablado de matrimonio, y alguna vez que ella habia arriesgado débilmente la proposicion, Alembert habia dado á conocer, con toda claridad, el horror con que miraba el lazo indisoluble, que muchas veces, á

la par que une los destinos, desune los corazones y la voluntad de los contrayentes.

—No, respondió aquel hombre célebre, con la vehemencia que le era propia: no amándote tanto como te amo, no me casaría contigo: amándote con pasión, me casaré ménos; el génio, y áun el talento, necesitan completa, absoluta libertad; todas las trabas que el mundo impone, sirve para amenguarlo: Julia mía, permanezcamos libres, y no hables nunca de enajenar mi voluntad, ni de atentar á la tuya.

Julia se ofendió de aquella respuesta; pero cuanto más honda fué la herida, más cuidado puso en ocultarla: su amigo no la conoció; pero la herida sangraba sin cesar, y la sangre que brotaba ahogó poco á poco el escaso cariño que profesaba á Alembert.

De esta suerte, los dos antiguos amantes vivían juntos, bajo el mismo techo, sin que Julia sintiese dificultades en su situación.

Un día, sin embargo, Julia se halló sola en la casa de su amigo: Alembert se había mudado á otra, incapaz ya de soportar por más largo tiempo el tormento que le costaba el ver la intimidad de Julia con su rival.

De esta suerte, la señorita de Lespinasse se halló de repente con el Marqués en esa completa libertad, en esa intimidad de todos los instantes, que es el en migo más cruel del amor, y á la cual es imposible

renunciar, cuando ningun obstáculo se opone á ella; pero que como un castigo del cielo, va minando todas las ilusiones, y dándoles muerte desapiadadamente.

Julia pasaba la vida entera al lado del marqués de Mora: sus estudios, sus habituales ocupaciones, todo lo que enaltecia y alimentaba su espíritu, quedó olvidado; y entregándose por completo á su pasión, aniquilaba ella misma, sin saberlo, todos los elementos que la habían hecho nacer, y todos los que la podrian alimenta.

XVI.

En breve invadió el hastío el espíritu del joven marqués de Mora.

Cansado de la constante presencia de Julia, empezó á buscarse distracciones que halló fácilmente, y la frecuente soledad fué el primer tormento y el primer castigo de la señorita de Lespinasse.

Uno de los motivos, á los que se atribuye que no dure la pasión en el matrimonio, es la constante intimidad y la precision de verse los esposos á todas horas, y Julia, que no tenia las ventajas de una union legitima, no tuvo tampoco el talento de preservar á su amor de los inconvenientes que podian matarle.

El marqués de Mora, más jóven que ella, y hablando que ya no se daba á su espíritu el pasto agradable y nutritivo, que descaba y que habia admitido sin esfuerzo, huia de Julia, cansado de la monotonía de unas relaciones que habian ya perdido su más firme base en el abandono de su trabajo y del cultivo intelectual.

Una noche salió despues de la comida, sin decir á dónde iba; era la primera vez que sucedia esto, y Julia manifestó alguna sorpresa.

—Voy á ver á un amigo de mi familia que ha llegado de Madrid, dijo; pero volveré pronto á tu lado.

Las horas pasaron; á las diez llegó un criado del Marqués, trayendo para Julia una canastilla de dulces de parte de aquel.

Preguntóle Julia que dónde estaba y que cuándo volveria, pero el criado permaneciò impenetrable, y se marchó.

Julia esperó al Marqués hasta las dos de la mañana, á cuya hora volvió á su casa.

—Perdóname, le dijo, besándole la mano; me han comprometido á cenar ese amigo de que te hablé y algunos otros, y no he podido dejarles, ántes; los dulces eran de nuestra mesa.

Julia suspiró; la primera nube aparecia en el horizonte de su dicha, pero era tan rosada, que aún no le causaba ningun terror, y sólo temia como un vago presentimiento de su desgracia.

Al dia siguiente el Marqués estuvo inquieto y distraido; llegó la noche y no habló de salir, pero su malestar era visible, y muy temprano aún se retiró á su cuarto prestando una fuerte jaqueca.

Julia quedó sola, con la frente apoyada en la palma de su mano, y sumergida en amargas meditaciones.

En aquel instante pensó en Alembert.

—¡Cuánto habrá sufrido, Dios mio! se dijo.

Como si su pensamiento, recorriendo los espacios hubiera llegado hasta el que le ocupaba, llamaron á la puerta.

Un momento despues, Alembert estaba á su lado; tomóle una mano, se la besó, y Julia sólo pudo responderle con dos lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

—¡Eres desgraciada! dijo el filósofo; lo sé, lo creo, mi pobre Julia; y por amargas que hayan sido mis predicciones, acaso la realidad es más amarga.

La señorita Lespinasse no contestó.

—¿Te trata mal ese hombre? preguntó Alembert; ¿ha dejado de amarte?

—¡Sí! á lo ménos, lo temo! murmuró Julia.

—Entonces, vente conmigo; mi casa te espera como la oscuridad espera un rayo de luz.

—¡Imposible! dijo Julia.

—¿Por qué?... ¿No dices que ya no te ama?

—¡Pero le amo yo!

—¡Extraña fatalidad! exclamó Alembert; y despues de una de aquellas meditaciones profundas, que eran en él tan frecuentes y que daban tan admirables frutos de generosidad y abnegacion, añadió:

—¡No importa! yo te amaré.

—¡Jamás! repuso Julia; jamás, amigo mio, tendré el triste valor de ofrecerte en recompensa de tu ar-

diente y generoso amor, un corazón que pertenece á otro; eso es imposible para mí.

—Pero... ¿Y si ese hombre te condena á la tristeza, á la soledad, al abandono...?

—Me resignaré á todo.

—¿Por qué no le abandonas tú?

—Lo haré el día que deje de amarle.

—¿Y esperas poderlo conseguir?

—Creo que sí.

—¡Ah! exclamó el filósofo; ¡qué desgracia es que el amor no sea durable ni jamás correspondido!

—Si pudiese conseguirse uno y otro, la tierra sería el cielo, respondió Julia tristemente.

—Pues bien, observó Alembert; yo me contento sólo con tu amistad; vuélvete conmigo; nada habrá que yo no haga para consolarte; sé fuerte, mi pobre Julia; sufrirás algunos días, pero luego se calmará tu dolor; y una vida laboriosa y velada por mi tierno y constante cariño, ocupará el sitio de la triste y borrascosa existencia que ahora llevas.

—¡Oh, amigo mio! exclamó la señorita Lespinasse apoyando su triste y bella cabeza en el pecho del filósofo; ¡mi sólo y buen amigo! ¿Por qué no te he dedicado yo el puro y generoso amor que merecias? ¿Por qué inexplicable fatalidad no he podido pagar ese afecto que no merezco yo, pero que sé apreciar en lo que vale? Déjame, prosiguió irguiéndose con una especie de fiereza; déjame soportar mi

suplicio, y no pretendas que lo divida contigo; yo debo cumplir mi destino, que acaso sea muy desgraciado; amo á ese hombre, pero él matará este amor, y yo debo asistir á la agonía de un afecto tan mal colocado.

—Si en esta pasión hallases el último desengaño, dijo Alembert, no temblaría tanto por tu suerte; pero te conozco; tu inextinguible sed de afecciones, te hará correr de abismo en abismo; tú necesitas, como el aire que respiras, amar y ser amada; privada de afecciones legítimas, sin padres, sin hermanos, sin esposo, sin hijos, buscarás los afectos en todas partes, cruzando como pobre peregrina los desiertos del mundo. ¡Cuántos desengaños te esperan! ¡Cuántas amarguras! ¡Todo cuanto hay en mí de noble, de bueno y generoso, se extremece al pensarlo! ¡Julia, acepta la salvación de mi mano: ¡cásate conmigo!

—¡Jamás! respondió la señorita Julia de Lespinasse.

—¿No hemos vivido juntos diez años? ¿No conoces ya lo que te amo? ¿No conoces mis opiniones, mi carácter? ¿Qué puedes ya temer?

—La desgracia de los dos.

—¿Acaso somos así felices?

—Unidos con un lazo eterno é indisoluble, seríamos más desdichados.

—Por favor, Julia, por tu bien, piensa en lo que te propongo.

—Jamás, repitió Julia, jamás me casaré contigo; esa es mi resolución irrevocable.

—¿Es qué renuncias para siempre al matrimonio?

—Contigo, sí.

—¿Y con otro?

—No lo sé, respondió Julia; no sé lo que será de mí, ni á dónde me arrastrará el huracán de mi destino; á tí te quiero y estimo demasiado, para hacer-te el triste presente de mi mano, que en otro tiempo te hubiera dado.

En aquel instante entró el Marqués.

Ninguna muestra de disgusto dió al ver allí á Alembert; le saludó con afabilidad, se dejó caer en un sillón, habló de cosas indiferentes, y despues se retiró á su cuarto dejando solos á los dos antiguos amantes.

—Este hombre ya no te guarda el más pequeño resto de cariño, dijo Alembert á Julia, y lo que es peor, ya no te estima.

—¡Lo veo! ¡Lo siento! murmuró la pobre mujer apoyando sobre el corazon su pálida mano; pero por Dios, ¡no seas tú el que me haga ver por completo toda mi desgracia!

## XVII.

Una mañana, Julia Lespinasse hizo decir al marqués de Mora que le esperaba en el salon, y que le súplicaba le concediese una entrevista de una hora.

Hacia ya que no le veia muchos dias; pues comia fuera de casa, y se retiraba á una hora muy avanzada de la noche, y algunas veces á la madrugada.

Julia pasó por la terrible gradacion que separa el amor apasionado de la helada indiferencia, con el amor y la constancia de una mártir, con una constancia digna de más noble causa.

El Marqués, que aunque era voluble é inconstante, no era descortés, le contestó que al momento iria á encontrarla, y aunque hacia poco rato que se habia metido en el lecho, se levantó y se vistió con esmero.

Julia llevaba un traje negro; su hermoso y pensativo rostro, guarnecido de largos bucles negros y sedosos, se destacaba de aquel sombrío color como una delicada azucena; sus grandes ojos negros esta-